

## Prólogo

### *Perímetro del Castillo, Miami, Florida. Noviembre 1989, 21.50, Horario de la costa Este*

-Señor, a su señal entramos-dijo el líder del primer comando.

El FBI había reanudado una investigación sobre enormes movimientos de dinero bancario y la desaparición de informes confidenciales y venta de secretos de estado. Eso rompía una larga lista de leyes federales. Los chivatazos indicaban exactamente a ese lugar. Debían comprobarlo. Y por la imagen que ofrecía la seguridad, no iban mal encaminados.

-Capitán, despliegue a sus hombres al este y al oeste de la posición del objetivo. La misión consiste en recabar pruebas sin ser vistos, no debe haber heridos.-dijo el teniente Jim Mason.

Los dos comandos se desplegaron en silencio por el césped del perímetro.

-¿Está avisado el helicóptero? Veo una torreta a quinientos metros.-preguntó Jim observando desde sus prismáticos.

-Está en posición, en un descampado cercano. Cuando le dé la señal, se posará en el patio.

-De acuerdo, todo el mundo alerta. Empieza el show.

El equipo del este se posicionó en lo alto de una ladera. El equipo del oeste, se dividió en dos. Tres soldados vigilaban desde el suelo y el cuarto se perpetró más en el lado oeste. Sacó su rifle, liberó la mirilla y se concentró en su objetivo.

-Sal pajarito, sal.-murmuró el soldado.

Los minutos pasaron. Sólo se escuchaba el ulular de las palomas y el acompañamiento de los búhos en las ramas de los árboles. Cuando la orquesta animal parecía no acabarse nunca, la alarma del fuerte resonó y los focos se encendieron.

-¡Nos han descubierto, retirada!-ordenó Jim.- No abran fuego, repito, no abran fuego.

Pero era tarde. La seguridad de la muralla empezó a disparar y los marines se vieron obligados a defenderse.

-¡Mierda!-exclamó con fuerza Jim- Este no era el plan.-no le quedaban opciones, debía improvisar.- ¡Al cuerno, matadlos a todos! Ya se darán explicaciones.

Los marines, siguiendo órdenes, dispararon a sus respectivos blancos. Uno a uno, fueron cayendo desde el recorrido de la muralla. Por la puerta principal, se escucharon los ladridos de varios perros de caza. El equipo de Jim se adelantó para interceptar a sus dueños y silenciar los obstáculos.

-Lanzar una granada de humo. Sólo queremos asustar a los perros. Llamad al helicóptero, ¡Enseguida! Esto se va a calentar.

Tras neutralizar a los dos soldados, vieron como los perros huían ahuyentados por el humo negro hacia el interior del perímetro de piedra. El exterior estaba despejado. Sólo quedaba penetrar en el interior y averiguar con quien se encontrarían allí dentro. Tenían un idea general de lo que se encontraría en ese patio. Esa operación había llevado meses de preparación.

En su interior, una torreta de piedra era su principal objetivo, la entrada principal. Se dirigieron directamente hasta allí. El helicóptero sorprendió sobrevolando a su alrededor y aterrizando en medio del patio. Jim observó cómo los perros se escondían entre las figuras de piedra que adornaban el recinto.

-¿Señor que hacemos con los perros?-le preguntó uno de los marines

-No me gustan los perros, pero tampoco pienso matarlos. Denles algo de comer. - se giró y volvió a mirar la torreta.

Lo había conseguido. Habían entrado. Cuando accedió a la entrada de piedra se quedó sorprendido. ¡Un ascensor!

-Tres hombres, conmigo. ¡Ya!-ordenó.

Pulsó el botón de llamada y comprobó que funcionaba. Ascendía.

-Alguien ha descendido por aquí. Ya son nuestros señores.

El ascensor llegó a la superficie. Jim y los tres marines entraron con él.

-¿Cree que es seguro señor?-preguntó uno de los soldados.

-No tenemos tiempo para averiguarlo. Una vez bajemos, lo descubriremos. ¡Todos dentro!

Después de entrar en el interior del cubículo, observó el panel metálico de la pared. Había dos botones y una cerradura.

-Así que hay un nivel secreto...-murmuró Jim.-esto se pone interesante.

La puerta externa se cerró. Jim quedó sorprendido del automatismo del sistema. Procedió a cerrar la verja interna. Pulsó el último botón. El ascensor comenzó a descender.

-Veamos que secretos no encontramos.-respiró profundamente.- Prepararos para lo peor muchachos. Quiero descubrir en que se ha invertido tanto dinero y tiempo.

La máquina realizó su función y descendió, dejando atrás la superficie. La luz del primer nivel se iluminó pero lo pasaron de largo, hasta descender varios metros más, hasta que el aparato se detuvo. El intermitente se iluminó y la puerta emitió un sonido hidráulico que avisaba de su apertura. Jim empujó la puerta y abrió el camino.

-¡Vamos!-ordenó.

Se encontraron en un largo pasillo con una puerta metálica al fondo.

-Echen esa puerta abajo caballeros.

El equipo de marines se adelantó hasta la gran puerta. Buscaron en sus respectivos compartimentos del chaleco y sacaron dos barras de material explosivo. Procedieron a colocarlas en la gran cerradura. Introdujeron dos sendas clavijas con su hilo conductor y se alejaron de la zona. Los cuatro se pusieron a cubierto. Con el transmisor en la mano, Jim apretó el botón. La cerradura quedó destrozada, pero la puerta no cedió. Entre los cuatro, dos a cada lado, intentaron forzar la apertura. Poco a poco el mecanismo fue cediendo. La explosión había realizado su objetivo. Del interior de la puerta salieron rayos de luz. La habitación seguía encendida. Las ansias del capitán ascendían a cada segundo.

-Vamos, ya son nuestros-animó Jim esperanzado.

La puerta cedió y quedó totalmente abierta. Pero la sorpresa llegó con su entrada en la habitación. Estaba vacía. Completamente vacía, excepto por la curiosa colección de arte que podían ver en las paredes y un pequeño armario al fondo de la habitación. Veloz como el viento, sin prestar atención a los cuadros, se encaminó hacia el viejo armario de madera.

-¡Dime algo, enséñame algo!-murmuraba Jim muy nervioso.

Cuando alcanzó el armario, abrió las puertas una a una. Encontró una colección de botellas de alcohol, un proyector, dos paquetes de diapositivas y una palanca. Esperanzado de que la susodicha le abriera algún compartimento secreto, la accionó. Para su sorpresa sólo sirvió para accionar el mecanismo de cierre de la puerta, que lo único que reprodujo fue un chirriante sonido del metal cerrando a medias la puerta. Perplejo por la escena y sin ganas de quedarse allí encerrado, probó a accionarla de nuevo. La puerta se volvió a abrir. “Entiendo“-murmuró Jim- “bien pensado”. Regresó a

mirar las diapositivas. Cada una tenía una etiqueta en su tapa. En la primera ponía “Reunión” y en la segunda “Stuart”. “¿Stuart? ¿Sería el jefe de la organización?” Jim se guardó ese paquete en su bolsillo y ordenó a dos soldados limpiar de huellas ese armario.

-Nos vamos de aquí, parece que se dieron mucha prisa. No tengo ni idea de por dónde habrán salido pero de momento, lo tomaremos como una falsa alarma.

Salió de la habitación. De la velocidad a la que iba y el roce de los zapatos con el suelo provocó que una pequeña corriente de aire levantara un pequeño tumulto de polvo de la superficie, dejando al descubierto una fina línea en el suelo. Una línea que se quedaría allí para siempre.

Al dirigirse hacia el ascensor se apoyó en la pared para intentar pensar. Lleno de rabia, no pudo contenerse y golpeo la fría pared con todas sus fuerzas. Tal fue la fuerza que usó que provocó un boquete en la pared.

-¿Qué demonios?-resaltó Jim-¡Todo el mundo aquí!-ordenó.

Los tres marines acudieron a la llamada. Al ver el destrozo en la pared se enviaron miradas entre los tres. Jim lo advirtió.

-No os quedéis ahí parados, echadla abajo. ¡No veis que es falsa!

El equipo cargó contra la pared a patadas y retiraron los escombros con las manos. El capitán había dado en el clavo. Detrás había una escalera. Entre los escombros pudieron ver la claraboya interna del otro lado de la pared. En realidad era una puerta. ¡Vamos!-dijo Jim.

Subieron por las escaleras hasta que dieron con un acceso iluminado. Allí mismo había otra compuerta para el ascensor. Debía ser el nivel del cerrojo del panel de mandos. “Un pasadizo de escape”-pensó Jim. Al girarse contempló una gran superficie, un enorme garaje. Observó que había muchos coches de lujo y varias plazas vacías. “Acaban de irse”-pensó Jim. En ese momento, del fondo del túnel se perpetró un sonido pesado y metálico. Una compuerta se habían cerrado.

-¡No!-gritó Jim cayendo de rodillas al suelo y llevándose las manos a la cabeza.- ¡Los tenía! ¡Eran míos! ¡Los he perdido!- Sus ojos demostraban la agonía que llevaba en su interior. Sacó su pistola y apuntó el primer coche que se cruzó en sus ojos. Vacío el cargador hasta que la pistola señaló que ya no quedaban más balas. Cogió el walkie-talkie de su cinturón y llamó a la superficie.

-Localizar esta transmisión y buscar varios coches de lujo por la zona. Han escapado delante de vuestras narices. ¡Es una orden!

La señal se vio interrumpida por interferencias. Jim volvió a probar.

-¿Me han copiado ahí arriba?

-Sí señor, estamos localizando su transmisión.

Jim se pasó la mano por la cara y suspiró.

-¿Y respectó los coches? ¿Han mandado a un equipo a la parte trasera del edificio?

-Ahora mismo señor.

-Ahora mismo dice...-susurró Jim -Aún no me he vuelto loco, ¿saben?

Miró de reojo a sus tres marines y algo en la pared le llamó la atención. Otra palanca. Estiró el brazo hasta ella y la accionó. Se escuchó otro sonido de metal a lo lejos. La compuerta se había abierto de nuevo. Debía darse prisa. Volvió a mirar a los coches. Ocho superdeportivos a disposición de nuevos dueños.

-Uno conmigo, el resto coger otro coche. Vamos a averiguar a donde sale ese túnel. Dense prisa.

Jim fue directo a su coche favorito. Aficionado a los coches ingleses, el McLaren era su mejor elección. Los otros dos escogieron un diseño muy raro que desconocía. Sería importado.

-Bien soldado, esta lección no se aprende todos los días. Póngase el cinturón. Nos vamos de aquí.

Las llaves estaban puestas. Dio al contacto y pisó el acelerador. El vehículo salió disparado en dirección al túnel por el que habían escapado los sospechosos. Gracias a sus buenos reflejos, consiguió girar el volante para no dañar la carrocería.

-Los rumores eran ciertos, eres una bestia.

El copiloto, confundido, le miró de reojo. Jim lo advirtió.

-Me refería al coche, soldado.

Cambió de marcha y se adentró en el túnel. Continuaba iluminado. Al final, podía vislumbrar un línea de luz oscura. Debía ser el exterior. Circular con esas preciosidades de noche debería ser una experiencia inolvidable. A menos de cincuenta metros de la salida, podía saborear el olor del aroma de la noche. Había llegado el momento de averiguar a dónde daba exactamente esa gruta.

La compuerta se había abierto por completo. El coche apareció en el exterior, en la superficie de la explanada. Justo como había dicho el capitán, estaban detrás del castillo. Su sorpresa, además de la localización, fue verse rodeado de sus propios agentes apuntando al coche con sus armas.

-Salgan del vehículo-gritó uno de los marines.

Otro soldado golpeo la ventanilla. Jim se pasó la lengua por el interior de la boca.

-Segunda lección que nunca volverá a presenciar soldado. Va a ver la cara de un compañero cuando se dé cuenta a quién esta apuntado con su arma. Atienda.-dijo Jim levantando el dedo índice y pulsando el botón para bajar la ventanilla.

El cristal comenzó a descender, y como había predicho segundos antes, un arma le estaba apuntando a la cara. Automáticamente, el arma se alzó.

-Señor, creíamos que....

Jim le miró directamente a los ojos y le respondió.

-Tiene quince segundos para hacer treinta flexiones. Usted mismo.

Enseño el reloj y presionó un botón. El tiempo corría. El soldado dudó un segundo y después se echó al suelo.

-Once, diez, nueve...-fue contando Jim.

El resto de compañeros tragaron saliva. Ninguno se esperaba que en unos de los coches se encontrara el capitán. El soldado que realizaba el ejercicio era un hacha.

-Cuatro, tres, dos...

Antes de terminará la cuenta, el soldado se levantó habiendo finalizado tarea. Jim aplaudió. Sus compañeros le imitaron.

-Se acaba de librar de un consejo de guerra soldado.-mirando al resto del regimiento.- A ver, ¿qué alguien me explique que es este emplazamiento?

Todos se miraron entre sí, pero ninguno se decidió.

-¿Necesitáis una invitación por escrito?

El líder del segundo comando se adelantó y respondió.

-Señor, como se lo digo.... -se detuvo enfrente del coche y se colocó en posición de formación.-Aquí se encontraba el helicóptero a la espera de las órdenes para penetrar en el patio, señor.

Jim intentó relajar su cuello. Al girarlo, todas sus cervicales fueron audibles para el resto de los soldados. Inclino sus ojos hacia la trampilla y recordó el sonido de las aspas del helicóptero sobrevolando la torreta. Había sido un golpe de suerte...para los anfitriones. Mandó salir del coche al soldado con la educación que le quedaba en ese

momento. Después abrió su puerta, salió del coche y gritó a los cuatro vientos.

-Me cago en los clavos del altísimo.-se llevó las manos a la cabeza y pataleo el suelo. Después se tranquilizó- ¡Atención! ¡Escuchad atentamente todos, porque sólo lo diré una única vez! Esta noche no ha pasado nada, absolutamente nada. ¿Me habéis entendido?

Los soldados armaron filas. Nadie quería enfadar todavía más al capitán. La noche no había sido para echar cohetes.

-...Si alguien pregunta, que se dirigirá directamente a mí, a nadie más. Yo manejaré este asunto de la manera más delicada posible. Ahora, regresad todos a la base. Los del otro coche, entregaréis ese vehículo al teniente o a quien esté de más rango dentro de la base. Ya descubriré quien es.

Un walkie-talkie cobró vida y la voz de un agente rompió el silencio. Estaban informando de un código 10-70. "Zona interurbana de la ciudad... traigan refuerzos"-las interferencias omitieron parte del mensaje.-"Repito, código 10-70, incendio premeditado en la entrada de la ciudad. Coche patrulla en llamas. Creemos que hay alguien dentro. Repito, solicito refuerzos. Posible asesinato a un federal. Corto".

Todos los marines no separaron sus oídos de la señal de radio. ¿La entrada de la ciudad? Jim abría y cerraba los dedos de la mano derecha. Su pie izquierdo cobró vida. La tensión aumentaba a cada segundo que pasaba. Demasiados fallos para una única noche. Para su misión. ¿Quiénes eran esos tipos? ¿Acaso tenían tanto poder? Ninguna prueba, ningún rastro. Habían desaparecido como fantasmas. Necesitaba respirar aire fresco y salir de allí.

Un soldado realizó una última pregunta. El capitán no supo de donde venía. Había sido uno de ellos. No había otra explicación. No quería discutir más. Quería largarse de allí. Dijo las últimas palabras.

-¿Tú quién crees?- respondió asumiendo la pregunta.

Se metió de nuevo en el vehículo y metió un acelerón. Los soldados, asustados, le dejaron vía libre. Soltó el pedal del freno y salió de ese descampado.